

H.-G. GADAMER Y LOS ONCE PROFESORES DE UNIVERSIDAD*

STÉPHANE DOUAILLER
UNIVERSIDAD PARIS 8
Stefandou@aol.com

Resumen:

A partir de una serie de imágenes (los retratos de Gadamer y de otros once filósofos alemanes del siglo xx), se lleva a cabo una meditación sobre la forma como un filósofo presenta y se representa su vida, la de su época y la de sus pares. ¿Qué significa el paso del retrato pintado o fotografiado al retrato escrito? ¿En qué medida la narración de lo que ha sido una vida filosófica se inserta en una tradición narrativa de procedencia literaria? ¿Qué dicen los modelos de representación acerca de lo que es una tradición filosófica? La tensión entre concepto e imagen, entre experiencia vivida y formulación teórica permiten reflexionar sobre la necesidad y la contingencia de un pensamiento filosófico, así como sobre las diferencias de estilo que hacen posible distinguir formas de pensamiento y tradiciones filosóficas.

Palabras claves: representación; retórica; estilo; tradición; institución; Gadamer; Goethe; Schlegel; Jaspers; Alemania; Francia.

Abstract: *H.-G. Gadamer and Eleven University Professors.*

Based upon a series of images (portraits of Gadamer and other eleven German philosophers of the xxth Century) a meditation is undertaken about the way a philosopher presents and represents his life, his age and his contemporaries. What means the transit from painting or photograph to written portrait? To what extent inserts the narration of a philosophical life into the narrative literary tradition? What do the representational models have to say about a philosophical tradition? The tension between concept and image, between lived experience and theoretical formulation, allows us to reflect on the necessity and contingency of a philosophical thought, as well as on stylistic differences that distinguish ways of philosophical thought and traditions.

Keywords: representation; rhetoric; style; tradition; institution; Gadamer; Goethe; Schlegel; Jaspers, Germany; France.

Para aquel que abre *Mis años de aprendizaje*, publicado en 1977 en Francfort, una fotografía de página entera de su autor (Hans-Georg Gadamer), seguida de otras doce fotografías y de un dibujo, dan a contemplar en primer lugar una galería de retratos. Representan a quienes durante sus años de docencia fueron sus colegas en las universidades alemanas. No son ni las modernas viñetas que renuevan la tradición de ornamentación de los frontispicios de los libros, ni tal

* Traducción del original francés por Diana María Muñoz, profesora del Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional de Colombia. A propósito de Hans-Georg Gadamer, cf. Gadamer 1992a. La traducción al español de este último texto se titula *Mis años de aprendizaje*, título que se adopta en lo que sigue del ensayo. Esta edición, sin embargo, no abre con la serie de fotografías que señala el autor de este ensayo, aunque sí incluye las fotos a todo lo largo del libro. (N. de la T.)

vez el prefacio mudo a un texto que comienza casi abruptamente con el relato de la infancia de un hijo de profesor de comienzos de siglo, quien a su vez se convirtió en profesor. Son retratos que a primera vista agregan una ilustración –dentro del estilo contemporáneo de la documentación– a un libro de filosofía, el cual, al desarrollar las memorias de un filósofo, constituye tanto un testimonio como un documento. No obstante, estos doce profesores retratados, desde H.-G. Gadamer hasta K. Löwith, no se ordenan, por supuesto, sin cierta incongruencia en un imaginario documental. Esta colección fotográfica parece, más bien, instalar al comienzo del libro un museo imaginario o, para ser tal vez más exactos –y apoyarnos en la costumbre de las universidades alemanas de colgar en la sala de profesores retratos de sus docentes más prestigiosos (cf. Gadamer 1992a: 86-7)–, una sala imaginaria de profesores.

Son, ante todo, rostros que esperan a la entrada a quienes hojean el libro. Ellos esperan, según lo que Gadamer –a partir de una fórmula de Hegel– desarrolla en una conferencia sobre *Platón retratista*, ser reconocidos por quienes no los han visto. Esta misma conferencia cuenta cómo la cabeza de Platón esculpida por Silanion permitiría reconocer sucesivamente la alianza de una belleza sorprendente y de una potente reflexión, el espíritu ático; y, al mismo tiempo, al hacer visible para nosotros el camino seguido por la herencia platónica, deja ver nuestra alma misma. Pero, entonces, es a un encuentro casi más insólito al que nos invitan los retratos reunidos de esos doce profesores, algunos de entre ellos palideciendo ya en el recuerdo de los contemporáneos (cf. Gadamer 1992a: 85). La preocupación de reunir fotografías que los revelen con una belleza, en cierto sentido, del mismo género, separados de quien los mira por la actitud propia de espíritu absorto o la de una distancia irónica, no deja adivinar a primera vista el itinerario del alma filosófica de nuestro tiempo que estas fotografías permitirían reconocer. Y sí, ciertamente, ellas nos muestran que los hombres de hoy, y entre ellos los profesores de universidad, no se vuelven imagen de manera distinta que los antiguos dioses o que Platón, y que se debe poder reconocer algo válido para todos (cf. Gadamer 1991: 14s) en un retrato fotográfico, el cual no es solamente una reproducción fortuita o la apariencia formada por una pose, sino la aprehensión de una imagen que gradualmente ha llegado a ser.

En particular, es el número de fotografías el que no cesa de llamar la atención. Frente a este número determinado conviene sin duda recordar la crítica que el *Filebo* (17a)¹ dirigía a los sabios de su tiempo: la de dejar escapar los intermediarios entre lo uno y el infinito. La reunión de los doce profesores muestra una cierta cantidad de corbatas, calvicies de variable extensión, diferentes estilos de sofás. Esta diversidad

¹ Cf. también Gadamer 1983: 96.

contiene quizás ella misma un retrato: el de una parte de la Alemania filosófica del siglo xx, que, aunque no confirmaría la infinita variedad de encarnaciones del hombre universitario, sí mediría con cierta precisión el intervalo específico de una comunidad dada de filósofos. Retratos fotográficos que rechazan la pose dejan, sin duda, en este sentido, una parte a lo fortuito. Y tal vez se debe seguir aquí el consejo que da Gadamer, de abstenerse de desear comprender con la profundidad con la que Nietzsche o Schopenhauer penetraban el sacrificio de un gallo a Esculapio evocado al final del *Fedón* (118a),² y, más bien, aceptar ver en tales fragmentos, parcialmente fortuitos, la imagen dada de una obediencia atenta a las formas tradicionales, y en ella, una finitud del saber. No obstante, no parece absurdo preguntarse, sin espíritu especialmente erístico, teniendo realmente presente el retrato dibujado por esta comunidad, por qué el único rostro de mujer que se puede percibir nos mira desde encima del escritorio de Karl Jaspers. Señalemos, además, que solo Karl Löwith llevó puesto un suéter. Se ve que la actitud de lector asemeja a Karl Löwith y a Gerhardt Krüger. Se siente que la unión de las manos anuda una semejanza entre Karl Jaspers, Max Kommerell y Oskar Schürer. Es de observar que el tablero negro al fondo les da un escenario similar a Karl Jaspers y a Martin Heidegger. Es de notar, finalmente, que éste último tiene el privilegio de figurar tres veces, fotografiado primero de joven, como poseedor de un secreto, así como en un rústico traje de leñador, y, más tarde, como profesor magistral. Sus retratos, complementados además por la reproducción de su escritura manuscrita, dominan el conjunto de esta comunidad filosófica reunida en imágenes de una presencia en el fondo imposible de medir.

Mis años de aprendizaje no comienzan, sin embargo, con este álbum ubicado a la entrada del libro. Esos años comienzan abriendo otro álbum, el que representa una infancia en Breslau. Esta substitución otorga sus derechos al retrato literario. El problema de saber lo que es un retrato le ha preocupado, nos dice Gadamer, durante cincuenta años a todo lo largo de sus estudios de historia del arte (cf. Gadamer 1991: 15). Es conocido que uno de los episodios de esta historia –que le impediría aquí, por ejemplo, a la colección de fotografías, ser verdaderamente prefacio al libro–, es la oposición entre la pintura y la poesía con respecto al arte de representar. Numerosos estudios recuerdan periódicamente que frente al poder que tiene el retrato pintado de mostrar el todo y al mismo tiempo las partes, el retrato literario, por el contrario, está condenado a seguir el camino de una enumeración; ha tenido especialmente por historia el descubrimiento de sus propias potencias en una capacidad para emancipar sus recorridos de las vías petrificadas de la *descriptio personae*. Ahora bien, es sobre este punto que

² Cf. también Gadamer 1991: 28-9.

Goethe –un Goethe nutrido de Plutarco–, es citado por Gadamer en la conferencia sobre *Platón retratista* (cf. *Id.*, 18s), para celebrar estos poderes de la lengua, y poner al frente de la cabeza de Platón, esculpida por Silanion, los retratos literarios de Sócrates trazados por Platón en el *Fedón* y en el *Banquete*. Por la misma razón, sin duda, es de nuevo a Goethe y a sus *Años de aprendizaje de Wilhelm Meister*, que se oye en el título de los *Philosophische Lehrjahre* (*Mis años de aprendizaje*), como lo anota justamente el prefacio de Elfie Poulain [cf. nota 1].

Los *Años de aprendizaje de Wilhelm Meister* de Goethe probablemente proporcionan uno de los significados de la recuperación que *Mis años de aprendizaje* de Gadamer hace del arte de Plutarco. Es un arte, dice él, de hacer alternar narraciones, en las cuales el lector es sumergido por el texto literario en un flujo temporal que él llena por una parte con sus propias imágenes y descripciones de personas, en el espíritu de la antropología aristotélica (Gadamer 1991: 19s). Y en su libro, en efecto, Gadamer hace alternar el relato de los años pasados por él en las universidades de Marburgo, Leipzig, Francfort y Heidelberg, y los apuntes sobre P. Natorp, M. Scheler, O. Schürer y otros, hasta G. Krüger o K. Löwith, entrecruzando momentos en los que cuenta la vida universitaria en algunos pueblos de Alemania, con otros momentos donde presenta un cuadro de los pensadores alemanes a la manera de los manuales de historia de la filosofía. Los apuntes que describen a sus colegas de las universidades como pensadores, son testimonio de un esfuerzo bastante raro entre los filósofos por retomar lo que cada uno de ellos, con su vida y con su obra, había querido hacer oír en el seno de la empresa de pensamiento de su tiempo. Gadamer vuelve sobre cada uno de los programas nacidos del neokantismo de Marburgo, sobre cada promesa enunciada en el estilo fenomenológico, sobre cada presencia de una palabra poética que en el curso de todos sus años llegó a conocer a su alrededor. Y lo hace en un estilo no único, sino acorde cada vez a la persona de quien traza el retrato. Una piedad semejante libera seguramente de toda deuda, incluso de una que no hubiera sido contraída. Pues la cuestión aquí es quizás lo que una vida debe a sus maestros o a sus amigos y, a la vez, la situación en la cual Jaspers se encontraba algunos años antes en el momento de publicar su *Autobiografía filosófica* (Jaspers 1977): la de permanecer en deuda con relación a Heidegger, habiendo olvidado acusarle recibo de *Ser y tiempo*, y tal vez leerlo seriamente un día, hasta el punto de haber dejado aparecer su libro durante veinticuatro años sin el capítulo sobre Heidegger. Al parecer, Jaspers podía acomodarse a esta situación porque la verdad que le preocupaba especialmente, en esta autobiografía, era ante todo la de la obra realizada durante su vida como verdad de sí. Pero es en el retrato de sus colegas, en los apuntes sobre ellos, que Gadamer lleva su arte casi hasta el extremo: un arte nacido de Plutarco, y puesto al servicio de la época de las universidades, es

decir, de un modo de presencia de la filosofía que domina desde el siglo dieciocho (cf. Schneider 1990: 148-85), fundado sobre la representación de un pasado del espíritu y sobre la imagen de filósofos que trabajan en su obra en el seno del pensamiento de su tiempo. A este respecto, Gadamer se hace cargo, como actualización en el seno de las universidades de su época, de la tarea de la que Jaspers (a la muerte de Max Weber, quien, a sus ojos, dejaba al mundo vacío de espíritu) había decidido liberarse, en gran parte contra sus contemporáneos, prefiriendo –para mantener en el presente la idea universitaria–, orientar las miradas de la juventud hacia los grandes filósofos de los siglos pasados (Jaspers 1977: 40). Parece aquí también convenir particularmente el recuerdo de *Años de aprendizaje de Wilhelm Meister*. En *Mis años de aprendizaje* Gadamer desarrolla también una novela de formación, en la cual, bajo la protección incompletamente elucidada de las diez figuras emblemáticas de los apuntes, el recuerdo de escenarios particulares, erigidos de ciudad en ciudad en el desarrollo de una carrera, hace visible en primer lugar la capacidad que tienen ellos de ponernos frente a una o varias vidas de estudiante, de asistente o de profesor, que sucesivamente albergaron.

En el fondo, la *Autobiografía filosófica* de Jaspers –al representar un camino de vida caracterizado por esas estaciones filosóficas que la filosofía alemana había podido releer en Kierkegaard–, no fue llevada muy lejos de *Poesía y verdad* de Goethe. La preocupación expresada por Jaspers de volver a trazar, desde los inicios de la filosofía y de sus escritos, la vida que lo había llevado hasta donde se encontraba, los acontecimientos determinantes de esta vida, así como sus significados intemporales, retomaba también la preocupación de Goethe; preocupación por hacer ver, en las ideas éticas y estéticas presentes en su obra, las etapas de una formación, mostrando allí al hombre a la vez contrariado y favorecido por su siglo, describiendo una elevación grabada por la poesía en el relato de la vida. El mantenimiento de esta tradición se manifestaba en particular en la persistencia de un mismo proceder literario en los prefacios a las dos obras: el de la evocación de un amigo a petición del cual la autobiografía habría sido redactada. Sin duda, en el caso de Goethe, se trata de un personaje ficticio que le permite innovar en relación con los géneros de la confesión, del relato de aventuras o de la evocación de los trabajos y de los méritos de un letrado, mientras que el profesor Schilpp, invocado por Jaspers, tiene alguna oportunidad de haber tenido algo más de existencia. Pero lo que llama la atención, en relación con esta tradición, es sobre todo la ausencia de prefacio a *Mis años de aprendizaje* de Gadamer. Algunos breves interrogantes acerca de lo que puede y debe contar un hijo de comienzos del siglo cuando se vuelve hacia sus recuerdos, parecen bastar aquí para reemplazar las largas justificaciones dadas por Goethe a su empresa en *Poesía y verdad*, retomadas casi sin modifica-

ciones por Jaspers en sus conclusiones a la *Philosophische Autobiographie*, y las cuales se apoyan sobre la figura del amigo que ha hecho la petición. Aquí, en Gadamer, ya no hay necesidad de ese amigo.

Probablemente no es muy difícil interpretar esta desaparición, sobre todo si uno se deja guiar por ese otro recuerdo que suministra el prefacio a la traducción francesa: que *Mis años de aprendizaje* también es el título que Friedrich Schlegel le dio hacia 1804-1805 a sus cuadernos de notas (Schlegel 1958ss, tomos 18 y 19). F. Schlegel, quien leía en los *Años de aprendizaje de Wilhelm Meister* la ascensión progresiva de años de aprendizaje del arte de vivir, reconocía en ellos, al retomar esta denominación para sus propios cuadernos, una obra del mismo género que daba testimonio de la ascensión progresiva en los años de aprendizaje de sus perspectivas filosóficas. Lo que él buscaba allí era, antes que nada, una forma de coincidencia entre la filosofía y la vida. También *Mis años de aprendizaje* de Gadamer encuentra en esta tentativa, llevada a cabo por años por el filósofo romántico en sus cuadernos, una prefiguración de su propio método y, probablemente, al mismo tiempo, una experiencia similar de la filosofía. Pues es inmediatamente en los cuadernos de F. Schlegel que se descubre todavía esta doble inscripción de la filosofía, la cual, a partir de un mismo material, produce en paralelo una revisión de los pensamientos que tienen efecto en el seno de la época, analizados en sus rasgos distintivos con relación a algo así como una tipología filosófica, reanimados en su lógica propia para hacer expresar a cada uno lo que contenía, real o virtualmente, de la esencia y del método verdaderos de la filosofía; y el aprendizaje de esta misma esencia y método sobre un camino progresivo constituido por ese mismo trabajo, pero considerado en su propia continuidad y en ritmo, en primer lugar, con el cambio de ciudades donde F. Schlegel residió sucesivamente: Jena, Berlín, Dresden, París, Colonia, etc.

F. Schlegel escribía:

Cuando un filósofo tiene para exponer una cantidad dada de verdades, puede siempre escoger la forma del sistema cerrado, del tratamiento sistemático, del manual sistemático. Pero si tiene más que decir de lo que se deja someter a esta forma, no puede sino buscar dar a sus ideas esta singular unidad sobre la marcha, en el desarrollo y en la presentación, lo que constituye el valor objetivo de las obras platónicas. (Schlegel 1958ss, tomo 18: XII)

Es debido a tales obras que parecería no haber necesidad de un amigo para informarse por el hombre que está detrás del pensamiento, porque el pensamiento lo habría tenido siempre en cuenta. Sería, pues, de cierta manera, desde una admiración semejante por este rasgo de la obra platónica, que una misma experiencia fundamental de la filosofía habría conducido a Schlegel a hacerse el teórico y el experi-

mentador de la *sinfilosofía*,³ y habría llevado a Gadamer a hacerse el pensador y el promotor de una comunidad filosófica en Alemania y más allá (cf. Poulain 1982).

En *Poesía y verdad* Goethe hace una observación singular: aquella según la cual la formación que su libro describe, y en la cual su siglo en parte se reflejaría, habría sido completamente diferente si él hubiera venido al mundo diez años antes, o diez años después. Un número así tiene siempre algo de extraño, y dan ganas de preguntarse por cuáles otros números, en particular, para cuáles números inferiores a éste continúa lo que tal afirmación anticipa. Sin embargo, una afirmación de este tipo parece poder ser aplicada también a *Mis años de aprendizaje* de Gadamer. El retrato que el libro traza de la filosofía alemana habría sido probablemente otro si su autor hubiera nacido un cierto número de años antes o después, o si hubiera sido nombrado asistente o profesor en otras ciudades. Y, sin embargo, ninguna inquietud real se manifiesta, no solamente de haber renunciado por completo a la preocupación de ser exhaustivo, propia de los cuadros históricos, sino también de tomar profunda conciencia de los posibles que en razón de las circunstancias simplemente no hubieran podido ocurrir. Excepción hecha de un remordimiento evocado por el caso de Adorno (cf. Gadamer 1992a: 211), *Mis años de aprendizaje* se acomoda con una gran tranquilidad a la finitud de su experiencia. Nadie ignora que la acepción de la finitud no carece de argumentos filosóficos. Pero suponer que no se le concede todo a la cantidad, cualquiera que ella sea, de estos argumentos, no puede impedir observar cuál es la circunstancia a la que se debe esta aceptación tranquila, con la cual Gadamer se evita, de manera regularmente sorprendente para el lector, o las dudas que despierta la limitación fortuita de una vida humana, o los artificios de la institución universitaria, o la exaltación que muestra el testimonio Jaspers cuando Heidegger abrazó el nazismo, es decir, la circunstancia de su propio arrebató por haber sido puesto en presencia, en la persona de Heidegger, de un pensador cuya mirada abarcaba todo a la vez, el presente y el pasado, el porvenir y la filosofía griega (cf. *Id.*, 255). Esto debió ser como haber sido golpeado por una descarga eléctrica (cf. *Id.*, 253). Como un encuentro con un torpedo. De aquél que, aunque escribía, se hundía en una indigencia de lenguaje. Y de aquél que encontraba allí el deber de transformarse a sí mismo constantemente en ser de palabra (cf. Gadamer 1984a: 24-30).⁴

³ *Sinfilosofía*: Síntesis filosófica que busca escapar a la alternativa o primacía del espíritu, del sujeto, o primacía de la naturaleza. Afirmando la potencia y la libertad del Yo, busca la unidad perfecta que permite fundar la estética y la ética. Para algunos comentaristas de la obra de Schlegel, este sistema podría resumirse en la fórmula: Fichte + Spinoza, o Fichte + Goethe. (N. de la T.)

⁴Cf. también Gadamer 1984b: 333-40.

La universidad francesa, surgida no de la Idea establecida en el pensamiento por Schelling, Fichte, Humboldt, Schleiermacher y Hegel, sino de la política llevada a cabo por Víctor Cousin (cf. Vermeren 1985: 104-21), se ha dado una tradición bastante diferente de representación, especialmente al reinscribirse regularmente en la línea trazada por el *Rapport sur la philosophie en France au XIX siècle* (Ravaisson 1984), realizado por Felix Ravaisson por solicitud del ministerio de la Instrucción Pública. Quizá valga la pena recordar aquí dos de sus rasgos. En la mirada que dirigía sobre la filosofía de su tiempo, Ravaisson abarcaba el trabajo de pensamiento de casi ciento cincuenta de sus contemporáneos, mostrando que la tarea de representación, que él intentaba asumir, conducía finalmente a confiar a innumerables desconocidos la función de manifestar una presencia de la filosofía bajo la especie de un esfuerzo de pensamiento, llevado más allá de sí mismo en la acumulación de sus preguntas. De otra parte, el éxito duradero de este retrato de la actividad filosófica en el seno mismo de la universidad francesa fue llevado casi hasta su caricaturización en la filosofía escolar y universitaria de las cátedras profesoraes (cf. Châtelet 1970). Por eso cuando la voz de los profesores se calla, a veces los estudiantes, ellos también, escriben en sus casas, y dan a leer, a quien tiene a bien recibir de sus manos, las *Galerías de retratos* (Gadamer 1992b). Allí ridiculizan la pieza reinterpretada cada día, porque los grandes abrigos y las cabelleras románticas, la cadencia de las voces y los destellos de las miradas, la filología y la poesía, hacen que la Sorbona desespere también de los años de aprendizaje filosófico. Tal vez no se sabe nunca suficientemente cuál de los espejos que se nos han ofrecido nos habría lanzado realmente más allá de nosotros mismos, y vale la pena conservar hasta el fin la pregunta de aquél que pedía a un filósofo mirar su propia vida.

Bibliografía

- Châtelet, F. (1970). *La philosophie des professeurs*. Paris: B. Grasset.
- Gadamer, H.-G. (1983) [1931]. *Platos dialektische Ethik*. Hamburgo: Felix Meiner.
- (1984a). "Le défi herméneutique". En: Forget, Ph. (ed.), *Text und Interpretation, Eine deutsch-französische Debatte mit Beiträgen von J. Derrida, Ph. Forget, M. Frank, H.-G. Gadamer, J. Greisch, F. Laruelle*. München: W. Fink: 24-30.
- (1984b). "Le défi herméneutique". En: *Revue internationale de philosophie* 151: 333-40.
- (1991). "Platon portraitiste". En: Borreil, J. & Poulain, J., *Lieux et transformations de la philosophie*. Saint-Denis: Presses Universitaires de Vincennes: 13-42.
- (1992a). *Années d'apprentissage philosophique* (trad. E. Poulain). Paris: Editions Criterion.

- (1992b). *Galleries de portraits*. Paris - IV Sorbonne [inédito].
- Jaspers, K. (1977) [1953]. *Philosophische Autobiographie*. München: Piper & Co.
- Poulain, J. (1982). "L'entretien de l'Herméneutique avec la Modernité. Les vingt dernières années de philosophie allemande". En: *Les Etudes Philosophiques* 2: 217-26.
- Ravaisson, F. (1984) [1868]. "La philosophie en France au XIXe siècle". En: *Recueil de rapports sur les progrès des lettres et des sciences en France*. Paris: Librairie A. Fayard.
- Schlegel, F. (1836-1837). *Friedrich Schlegels Vorlesungen aus den Jahren 1804-1806*. Bonn: C. J. H. Windischmann.
- (1958ss). *Kritische Ausgabe* (ed. E. Behler, H. Eichner, J. & J. Anstett). München - Paderborn - Wien.
- Schneider, U. J. (1990). *Die Vergangenheit des Geistes*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Vermeren, P. (1985). "Une politique de l'institution philosophique". En: *Corpus* 1: 104-21.